

**ENTRE ABUELO Y NIETO:
CONVERSACIONES**

Por

Justo S. Alarcón

INDICE

I. La borrachera

II. Los conejos silvestres

III. El canario

IV. El perrito

V. Los gusanos de seda

VI. El peso de San Antonio

VII. El fuego de San Juan

Para mi hijo Miguelito

Junio 18

LA BORRACHERA

Eran las seis de la tarde. Faltaban unas dos horas para que el sol de junio traspusiera la montaña que se alzaba por el oeste. El Abuelo, todavía alto y esbelto, arrastraba, con alguna dificultad, sus setenta años. El Nieto, diminuto y vivaracho, caminaba saltarín al lado del Abuelo, dándole, de vez en cuando, una patada a alguna de las pequeñas piedras que, desde tiempo inmemorial, había sembrado un camino terregoso. Pasaban cerca de un rancho grande. El Abuelo decidió pararse y se sentó en un rústico banco de piedra. Hecho esto, con el índice de la mano derecha le apuntaba al Nieto el gran vivero de árboles frutales y de robustos viñedos. El Nieto trataba de abrazar con su absorta y limpia mirada toda la extensión de la verde explanada.

— Abuelito. Me dijiste que ibas a contarme cosas de cuando mi papá era niño. Yo quisiera saber algunas de las travesuras que hacía mi papá cuando era como yo.

— Sí, nene, eso te dije. Y lo quiero cumplir. Pero, tienes que prometerme que no se lo vas a decir a él que te lo dije yo. Tiene que ser un secreto entre tú y yo, ¿está bien?

— Pues, sí, abuelito. Prometido. Un secreto entre los dos. A mí me gustan mucho los secretos.

— Pues, bien, te contaré una cosa que le pasó cuando tenía unos seis años. Fue una especie de travesura, aunque no fue toda la culpa de él.

— A ver, cuéntamela, abuelito.

— Una vez, hace mucho tiempo, durante el verano, después de que se había terminado la escuela, estábamos él y yo, tu abuelita y tus tíos de vacaciones. Unos amigos de la familia nos habían invitado a su rancho. Nos fuimos todos a pasar unos días con ellos. Tenían muchos animales y campos con muchos árboles frutales y verduras. También tenían viñedos, y varios trabajadores que cuidaban las fincas.

— ¿Qué son "viñedos", abuelito?

— "Viñedos", nene, son unos campos en donde hay muchas plantas grandes, como arbolitos, que le llaman cepas, tienen vides y que dan uvas. De éstas se hace el vino. Hay uvas blancas y uvas coloradas. Las blancas dan vino blanco y las coloradas dan vino colorado, rojo o tinto, según la intensidad del color de la uva. ¿Entiendes?

— Sí, abuelito, ahora sí.

— Pues, como te decía, una vez fuimos a ese rancho a pasar unos días de vacaciones. Al día siguiente de llegar, tu papá, que entonces era niño como tú, me pidió permiso para ir con unos jóvenes trabajadores en un carro de bueyes al viñedo, para cargar y traer grandes cestas o canastas de uvas para hacer vino. Estos muchachos tendrían unos diez y ocho o veinte años. Llevaban el carro de bueyes al viñedo, cargaban las cestas o canastas, que otros trabajadores ya habían llenado de uvas, y llevaban la carga a la bodega, que es un sótano o un piso bajo en donde otros jóvenes hacían el vino.

— Abuelito, ¿y qué es un "carro de bueyes"?

— Un carro de bueyes, nene, es un carro grande, de madera, tirado o jalado por dos bueyes o vacas, que todavía tienen hoy día los campesinos por estos pueblos, para trabajar.

— Y, ¿cómo son esos carros?

— Esos carros tienen dos ruedas muy grandes y anchas, que también son de madera. Las ruedas están clavadas a un eje muy grueso, que está hecho de un tronco de árbol. Algunas veces, cuando se calienta y se reseca el eje, al girar, hace un ruido muy agudo, como si estuviera chillando. A unos niños les gusta ese chillido, a otros no, porque les da miedo, y se tapan los oídos para no oírlo. A tu papá le gustaba mucho ir en ese carro y oír el chillido que hacía el eje.

— Pero, ¿por qué no usaban una *pick-up*, como hacen muchos, en lugar de ese carro de bueyes?

— Porque en aquel tiempo no había esas camionetas que les llaman *pick-ups*. Tenían solamente carros de bueyes para llevar carga. Pues, como te iba diciendo, tu papá me pidió permiso para ir. Yo se lo di. Pero..., no sabía yo lo que le iba a pasar a él.

— ¿Qué le pasó a mi papá, abuelito? Dímelo....

— Después de varios viajes desde el viñedo hasta la bodega, tu papá les pidió a los jóvenes que trabajaban allí que le dieran algo para beber, pues tenía mucha sed. Es que, como era verano, y andaban trabajando, hacía mucho calor, y le dio mucha sed a tu papá. Entonces, los jóvenes le dieron un vaso de vino. Se lo bebió y... se emborrachó.

— ¿Se emborrachó mi papá cuando era niño, abuelito?

— Pues, sí, pero, como te dije al principio, no fue de él toda la culpa. El no sabía que los jóvenes le daban vino. El se lo bebió, como si fuera soda o refresco, y..., pues....

— Ándale, abuelito, dime qué le pasó.

— Pues..., se emborrachó. Dicen que se reía, que daba saltos, que lloraba, que chillaba, que decía tonterías y que preguntaba por su mamá y por su papá. Después, se cayó al suelo y nos lo trajeron a tu abuelita y a mí, ya dormido....

— Pero si te lo llevaron dormido, ¿cómo podía estar borracho?

— Pues es que, al emborracharse, y después de decir y hacer tonterías, se quedó dormido. Tu abuelita y yo, dormido como estaba, lo llevamos a cama y así se quedó toda la noche, hasta que despertó por la mañana, pero con dolor de cabeza.

— ¡Qué chistoso! Mi papá, cuando era niño, ¡se emborrachó!

— Exactamente, no. No se emborrachó, nene, sino que, para decir la verdad, *lo emborracharon* aquellos jóvenes traviosos.

— ¿Y qué hiciste tú, abuelito, con los jóvenes que emborracharon a mi papá?

— Pues, a esos jóvenes no les dije ni hice nada, porque no eran mis hijos. El ranchero, amigo de la familia, les echó una fuerte regañada y se disculpó con nosotros, por lo que había pasado. Yo no me metí en ese asunto, por lo que te dije.

— Y tú, ¿qué le dijiste a mi papá?

— Pues... yo, aunque sabía que él no tenía toda la culpa, al día siguiente por la mañana, le di unas nalgadas.

— ¿Por qué, abuelito, si él no tuvo la culpa?

— También él me dijo eso mismo, pero le di unas nalgadas, y en seguida le dije: "Estas nalgadas te las doy para que aprendas, para que no te olvides y para que no te dejes emborrachar por otros, ni tú te vuelvas a emborrachar nunca más".

— Y... ¿se volvió a emborrachar mi papá, abuelito?

— Nunca más, nene, nunca más. Ya de grande, no sé. Pero, creo que no.

— ¿Le dio miedo emborracharse?

— No sé si le dio miedo a emborracharse o si le dio miedo a otras nalgadas, pero la verdad es que nunca más lo vi borracho.

Ya había comenzado a oscurecer, cuando Abuelo y Nieto se encaminaban hacia la vieja casona. A lo lejos, y por el Este, la luna naciente reflejaba sus rayos en un mar tranquilo. Las últimas gaviotas, con sus chillidos estridentes, cruzaban por el cielo despidiéndose del sol. La voz apagada de un búho trasnochado anunciaba a los suyos el advenimiento de la noche. El Abuelo y el Nieto subían despacio por las escaleras de la vieja casona. Sobre el líquido y liso mar, se reflejaba y temblaba una luna redonda y brillante, como una gigante y traslúcida uva de moscatel.

Junio 19

LOS CONEJOS SILVESTRES

Cerca de la casona había una colina, desde la cual se divisaba un paisaje navideño. Algunos montículos descollaban sus picos por entre los árboles y unos pequeños sembradíos alfombraban la pradera. Lanudas ovejas pacían tranquilamente, mientras sus corderitos mamaban de las ubres repletas. El Abuelo y el Nieto daban su vespertino paseo.

— Abuelito, ¿qué me vas a contar hoy sobre mi papá?

— Una vez, nene, tu papá y otros tres amiguitos suyos con sus resorteras o tiragomas andaban de caza por el monte, y descubrieron una cueva de conejos silvestres. Querían saber si la cueva "estaba habitada". Sabían que era de conejos, por la forma que tenía la cueva. Primero, metieron la mano, para ver si podían tocar a alguno, pero no pudieron llegar hasta el fondo de la cueva. Entonces, vinieron a casa y yo les presté una pala. Con la pala hicieron un hoyo grande y, por fin, llegaron al nido en donde hallaron cuatro conejitos. Los conejitos estaban muy abrigaditos en una cama que la coneja, su mamá, les había hecho con la pelusa que se sacó de su propia barriga.

— ¿Cómo, abuelito? ¿La mamá de los conejitos se sacó pelo de su barriga para hacerles una cama?

— Sí, nene, así es. Los animales quieren tanto a sus hijitos que hacen muchos sacrificios para que estén bien y contentos.

— ¡Caray! ¿Y qué más, abuelito?

— Después pusieron unos palitos encima de la cueva que habían deshecho y la cubrieron con ramitas, con hojas y, por fin, con tierra. Según me dijo tu papá, habían quedado de acuerdo de que nadie los iba a tocar o a agarrar. Que los iban a dejar así, hasta que crecieran. Cuando ya fueran grandes, que entonces los cogerían, y cada uno se llevaría un conejito para su casa.

— Y, ¿lo hicieron así, abuelito?

— ¡No, nene, no! ¡Qué iban a hacer eso! Si todos tenían la misma idea...

— Entonces, ¿qué hicieron?

— Lo que pasó es que tu papá, que siempre había sido muy pícaro, fue el primero en hacer todo lo contrario, o sea, la travesura. Esa misma noche, cuando estaba oscureciendo, se llevó una jaula que yo tenía para los conejos de tu abuelita, y cogió a los cuatro conejitos y se los trajo para casa.

— Y, ¿qué dijeron sus amiguitos al ver que mi papá se los trajo para casa sin su permiso, abuelito?

— Pues se enojaron mucho. Discutieron por mucho tiempo. Después se calmaron, y decidieron que todos juntos los cuidarían y les darían de comer y de beber en la jaula. Les daban lechuga, zanahorias y otras verduras. Todos estaban ahora muy contentos. Pero...

— ¿Qué pasó entonces, abuelito? Ándale, dímelo pronto.

— Despacio, nene, despacio, que hay mucho tiempo. Pues, ¡qué iba a pasar! ¡Lo que tenía que pasar! Pues a los cinco o seis días, cuando ya habían crecido un poco, un día por la mañana tu papá vino corriendo a decirme que los conejitos habían desaparecido. Él, inmediatamente, creyó que los otros niños se los habían llevado, porque estarían todavía enojados con él, por lo que antes les había hecho él. Fue corriendo a verlos, y les reclamó los conejos. Ellos dijeron que no los habían cogido. Tuvieron grandes discusiones otra vez. Por fin, decidieron ellos venir a ver si era cierto de que habían desaparecido, como tu papá les había dicho. Para comenzar, ellos mismos acusaron a tu papá de que él, "otra vez", les había hecho una trampa a los otros niños. Que a lo mejor él los había escondido para no tener que compartirlos con ellos. Como esta discusión la tuvieron en el jardín de nuestra casa, yo salí para ver qué pasaba. Por fin, yo vi la jaula y les dije: "Vengan acá. Miren ustedes. ¿No ven aquel agujero que hay debajo de la jaula? Pues, como los conejos eran pequeños de tamaño, pudieron hacer, con las patas y las uñas, aquel agujero, y se escaparon por él".

— ¿Quedaron conformes con su explicación, abuelito?

— ¡Qué remedio! ¡Si lo pudieron ver con sus propios ojos! Lo que no comprendían es que los conejos de la abuelita no se escapaban. Siempre estaban en sus jaulas. Pero, por qué estos se escaparon y los de la abuelita no, no lo comprendían. Hasta que yo les expliqué que había una diferencia entre los conejos caseros o mansos y los conejos silvestres o bravos. Que los mansos, hacía ya muchos cientos y miles de años, habían sido domesticados por los hombres, para estar en casa y no escaparse, pero que los silvestres, por naturaleza y por instinto, quieren correr libres por el monte. Que no se pueden acostumbrar a vivir enjaulados, como los conejos mansos.

— ¿Eso fue todo, abuelito?

— Sí, eso fue todo, aunque a tu papá lo tuve que regañar, por dos cosas. La primera, porque a los animalitos silvestres no se les puede tener presos así, pues necesitan de sus mamás y papás y de su libertad, porque, si no, se mueren de tristeza. La segunda, porque tu papá "no fue un

hombrecito de palabra". Cuando se hace una promesa o un compromiso con la gente o, sobre todo, entre amigos, hay que cumplir esa promesa o compromiso. Aunque todo se arregló para bien, tu papá no fue cumplido. Por eso lo regañé.

— Abuelito, ¿y él comprendió lo que le dijiste?

— Sí, nene, sí comprendió. Aprendió una lección muy buena, porque, en adelante, comenzó a respetar más la vida de los animalitos y también a cumplir con los compromisos que uno hace con la gente.

Dos horas habían transcurrido desde que salieran de casa. Apoyándose sobre sus dos manos sarmentosas, el Abuelo se levantó lentamente de la gran piedra que le servía de asiento. Se sacudió un poco el pantalón. El Nieto, haciendo una pirueta, se puso de pie. Esparcidos por aquí y por allá, los animales se aprovechaban del abundante pasto, antes de que se ocultaran los mortecinos rayos del día.

Junio 20

EL CANARIO

Por las calles del pequeño pueblo, pasaba la pareja de Abuelo y Nieto. El viejo, con la vista baja, iba mirando al suelo. El niño, con la cabeza levantada, oía el canto de los pájaros enjaulados en los diversos balcones de las viejas casonas. Los trinos se mezclaban en una algarabía de un atardecer veraniego. Caminaban hacia el parque, cogidos de la mano.

— Y hoy, ¿qué me vas a contar sobre mi papá, abuelito?

— Nene, hoy te voy a contar lo que una vez quería tu papá. No sé por qué, pero tenía muchos deseos de tener dos cosas. Una, era un canario y, otra, un perrito. Se nos hacía difícil darle gusto, porque, por un lado, no teníamos dinero en aquel tiempo, y, por otro, teníamos un gato muy peleonero y sabíamos, de seguro, que el perro se pelearía con el gato y el gato se comería al canario.

— Entonces, abuelito, ¿él nunca pudo tener esas dos cosas?

— Pues, no. Por el momento, no. A mí también me hubiera gustado tener esos dos animalitos, porque el perro es un buen amigo de los niños, y el canario, con su canto, alegra a una familia. Pero, por las razones que te di, no pudimos darle esos dos gustos a tu papá.

— Entonces, abuelito, ahí se terminó todo, ¿verdad?

— No, nene, no. Aquí comienza el cuento.

— Pues, a ver, cuéntamelo, abuelito, que quiero saberlo.

— En vista de que nosotros no podíamos comprarle esos dos animalitos, él se contentaba divirtiéndose con los de los vecinos. Una vez, algún tiempo después, un vecino me contó que tu papá se pasaba horas mirando a un canario que una de las vecinas tenía en una jaula que estaba colgada de la ventana. Se sentaba debajo, en la banquetta de enfrente, y lo miraba cómo saltaba y se bañaba, y lo escuchaba cantar por mucho tiempo. Así pasaban los días. Tu papá estaba fascinado por el canario y por su canto.

— Abuelito, ¿eso te lo dijo a ti un vecino?

— Sí, nene, me lo dijo el vecino del lado, que era el barbero del pueblo. Pero aún hay más, pues dice que una vez llamó a la puerta de la dueña del canario y le entregó una bolsita. La señora le preguntó qué era. Y él le dijo que era comida para su canario. La señora le debió ver en los ojos y en el alma de tu padre algo especial, porque le preguntó que si él tenía un canario. Tu papá le dijo que no, que éramos pobres y que, además, teníamos un gato muy malo, que comía pájaros. Por el momento, la señora lo escuchó. Después....

— Después, ¿qué pasó, abuelito?

— Después, la señora le dijo que ella tenía una pareja de canarios y que estaban criando a unos hijitos. Que cuando sus papás los criaran, que ella hablaría con tu abuelita y conmigo, a ver si queríamos uno.

— ¿Y se lo dieron a mi papá, abuelito?

— Sí, nene. Semanas más tarde, la señora habló con tu abuelita, y decidimos aceptar el regalo del canario, para tu papá. Era un pajarito amarillo, muy chiquito y muy bonito.

— Abuelito, ¿y cómo le hacía papá para que el gato no se lo comiera?

— Yo tuve que poner un clavo en la pared, y colgamos la jaula del clavo, y en alto, para que el gato no le alcanzara. Después de unos días, el gato se acostumbró al canario, y ya ni caso le hacía.

— Y, ¿cantaba bien el canario?

— Muy bien, nene, muy bien. Todas las mañanas nos despertaba con su hermoso canto. Nos servía de despertador, y nos avisaba que era hora de levantarnos para ir a la escuela. A tu abuelita también le gustaba mucho, porque a ella también le encantaba cantar todos los días. Con los cantos de la abuelita y los trinos del canario, todos estábamos muy alegres y contentos.

— Y, ¿qué más, abuelito?

— Pues, los años pasaban. Tu papá creció y, un día muy triste, muy triste, el canario, ya de viejo, se le murió.

— ¿Se murió, abuelito? Y...

— Y... tu papá, con mucho cuidado, le hizo una camita de algodón, lo metió en una cajita de cartón y, después de haberle hecho un hoyo debajo del rosal más hermoso que tenía tu abuelita en el jardín, puso la cajita en el hoyo. Después, lo cubrió de tierra y le colocó encima una cruz de palitos que él mismo había hecho. Dos lágrimas le rodaron por la mejilla. Tu abuelita y yo le

acompañamos en el entierro. Desde aquel año, durante todas las primaveras, el rosal daba flores muy hermosas. Sus pétalos eran muy amarillos, como las plumas del canario. Tu abuelita decía que las rosas desprendían un perfume tan fuerte y atractivo como los trinos del canario cuando estaba vivo.

Después de un largo rato, Abuelo y Nieto se encaminaban hacia la casa. La gente concluía su animado y alegre cotilleo. Era la hora de la cena. Los niños, todavía retozando, se iban acercando a sus padres. Grupos de familias se iban encaminando hacia sus casas por las angostas calles del pueblo. Sola se quedaba la plaza. Los gorriones, escondiéndose en los espesos ramajes de las moreras, despedían a la gente con su acostumbrado concierto en un ruidoso e íntimo cuchicheo.

Junio 21

EL PERRITO

Hoy, el Abuelo y el Nieto dieron un paseo costero. Por una vereda alfombrada de polvo, que bordeaba al mar, lentamente caminaban los dos. A un lado, las corroídas rocas y, al otro, un espeso pinar. De cuando en cuando, aparecía un chalet, en donde alguna familia pasaba sus vacaciones. Al oír a los transeúntes, alguno que otro perro, con sus ladridos, trataba de defender sus privados dominios. Abuelo y Nieto escogieron para sentarse un lugar solitario y fresco.

— Abuelito, ayer me contaste sobre el canario de mi papá. Y hoy, ¿qué me vas a contar?

— Como te había dicho ya, nene, tu papá también quería tener un perrito.

— ¿Por qué, abuelito? ¿Le dijo a usted por qué lo quería tener? Porque a mí también me gustan los perritos, abuelito.

— Creo que algún amiguito suyo tenía uno, y a tu papá le gustó. Entonces, a él se le antojó tener el suyo. Además, a tu papá le gustaba mucho ir al monte a cazar pájaros, y le gustaría tener un perrito para que le acompañara. Eso me dijo él una vez.

— Y..., ¿lo consiguió, abuelito?

— Sí, nene, lo consiguió. Pero, para conseguirlo, andaba por las calles pequeñas del pueblo diciendo en alta voz: "¡Compro un perrito bonito, por un peso de plata!". Después de andar así algunos días, anunciando su "negocio", una anciana señora del pueblo salió por una ventana de su casa, y le preguntó: "Niño, ¿ese peso es de plata buena?" Él le contestó: "Pues, sí, es de pura plata. Yo no sabía que había plata buena y plata mala, señora". "Pues, sube, niño, que quiero ver ese peso". Tu papá subió por unas escaleritas muy angostas. Entró en la sala, y la señora tomó el peso de plata en su mano y, después, la tiró sobre una mesa de vidrio, para ver cómo sonaba. Después, lo mordió. Todo esto me lo contó tu papá cuando era niño.

— Abuelito, ¿por qué hizo eso esa señora?

— Para ver si era de plata o si era de otro metal. El sonido de la plata es diferente al sonido que hacen otros metales. Y, al morderlo, si es de plata buena, debe dejar una marquita. Por eso hizo lo que hizo esa señora.

— Entonces, esa señora no le creía a mi papá.

— Bueno, nene, así somos los seres humanos. ¡Desconfiados! De todos modos, como la señora tenía varios perritos, le dio uno a tu papá a cambio del peso de plata. Ya era anciana la señora, y estaba sola. Por eso tenía varios perritos, para que le hicieran compañía.

— Y, ¿para qué quería la señora el peso de plata?

— Pues, supongo que para colgársela del cuello con una cadenita. No sé, nene, pero esas cosas le gustan mucho a las señoras, sobre todo cuando son ancianas.

— Bueno, abuelito, pero dime, ¿cómo era el perrito?

— El perrito era pequeño y muy juguetón. Muy pronto se encariñaron los dos. El perrito siempre andaba con tu papá, y tu papá siempre andaba con su perrito. Cuando tu papá iba a la escuela, allá iba el perrito. Cuando tu papá iba al monte a cazar pájaros, allá iba también el perrito. Cuando comía tu papá, allí estaba el perrito moviendo la cola, esperando a que le diera las sobras de su comida. Cuando tu papá se metía en cama, allí estaba su perrito.

— ¿En su cama, también, abuelito?

— No, no. Tu abuelita nunca le permitió que el perrito se subiera a la cama de tu papá y, menos aún, que se metiera en ella.

— ¿Por qué, abuelito?

— Porque los perros se revuelcan en la tierra, y le ensuciaría las sábanas a tu abuela. Además, los perritos, como los gatos, pueden tener pulgas, y podrían picarle a tu papá durante la noche.

— ¡Ah! Ahora comprendo. Porque, si yo tuviera un perrito así de bonito, lo dejaría dormir conmigo.

— Sí, tu abuelita lo dejaba dormir con tu papá, pero tenía que quedarse en el piso, no en la cama.

— Y, dime más sobre el perrito, abuelito.

— Pues..., como ya te dije, nene, el perrito era pequeño, mitad negro y mitad blanco. Tenía las orejas pequeñitas y derechitas. La cola la movía siempre y, como la tenía peluda, al moverla

parecía un abanico. Además, era muy cariñoso con todos. Cuando se le daba algo para comer, siempre le lamía a uno la mano, que es la forma cómo los perritos dan las gracias.

— Y, ¿cómo se llamaba, abuelo?

— Tu papá le puso el nombre de "Minuto", porque el perrito era pequeño y diminuto.

— Bueno, ¿y cuánto tiempo tuvo al perrito mi papá, abuelito?

— Dos o tres años, nene. Porque, después, pasó algo extraño.

— ¡Se le murió! O ¡se lo robaron!

— No, no se le murió, ni se lo robaron, pero, para tu papá, fue algo parecido. Tu papá se enteró de que, en el pueblo, había una niña que estaba ciega...

— Abuelito, ya no me digas más. Ya sé lo que pasó.

— A ver, nene, a ver. Dime, entonces, ¿qué pasó?

— Pues que se lo regaló a esa niña ciega para que le acompañara por las calles, para que no tropezara y se cayera y para defenderla de otros perros y de los gatos. ¿Verdad, abuelito?

— Pues así fue, nene, así fue. Alguien andaba diciendo que la niñita, como estaba ciega, necesitaba un perrito cariñoso. Tu papá fue el primero que se ofreció a ayudarla. Le regaló su perrito a esa pobrecita niña. El se quedó triste, pero, al mismo tiempo, alegre. Se quedó triste, porque ya no tenía su perrito, pero se quedó también alegre, porque hizo un acto muy humano y de caridad. La niña, después, venía con frecuencia a ver a tu papá, y traía el perrito con ella. Los tres fueron muy amigos.

— Abuelito, yo creo que yo hubiera hecho lo mismo.

— Tu papá, nene, era así. Unas veces era muy pícaro y travieso, pero, otras veces, era muy bueno.

Un señor con botas, gorra, saco de caza y escopeta iba siguiendo a su jadeante perro. Del hombro le colgaba un pequeño cesto marrón confeccionado de mimbre. "Buenas tardes, nos dé Dios", se oyó. "Muy buenas las tenga usted", respondieron los dos. El Abuelo y el Nieto

emprendieron su regreso hacia la casona, que se vislumbraba a lo lejos, proyectada contra la bruma marina de un atardecer incierto.

Junio 22

LOS GUSANOS DE SEDA

Se encontraban en la plaza del pueblo. Se habían despedido de las mujeres, que luego se entretenían mirando los escaparates que flanqueaban la plaza del centro. Había tiendas de joyas, de zapatos y de vestidos de última moda. También había telas de todos colores y de varias clases de géneros.

— Abuelito.... Me habías dicho una vez que a mi papá le gustaba mucho jugar con los gusanos y cuidarlos. ¿Verdad?

— Sí, nene, es verdad. Pero, no sólo con cualquier gusano, sino que tenía que ser con "gusanos de seda".

— Y, ¿qué diferencia hay entre los gusanos, abuelito?

— Los gusanos de seda son unos gusanos muy especiales. Son completamente blancos, gorditos y, quizás, más limpios que los otros.

— Bueno, ¿y qué hacía mi papá con ellos?

— Pues había una especie de "club de gusaneros" en el pueblo en donde estábamos, cuando tu papá tenía unos cinco o seis años. La ropa de seda se apreciaba mucho, y era muy cara. Entonces, alguien comenzó a decir que compraba, a buen precio, capullos de seda. Esto despertó una gran afición, sobre todo entre los niños del pueblo, por la cría de gusanos de seda.

— A ver, abuelito, explícame un poco más eso que me acabas de decir. Eso de "gusanos de seda", de "capullos de seda" y de ese "club de gusaneros".

— Pues, brevemente, nene, se trata de lo que ya te dije. Los gusanos llamados de seda, hacen capullos de seda. Estos capullos, como te explicaré más adelante, están hechos de seda natural. Esta seda la hacen los gusanos mismos de unos hilos que ellos sacan o extraen de su boca, como las arañas sacan y hacen sus hilos de su propia saliva. ¿Entiendes, nene?

— Algo. Nunca los vi, pero me parece que voy entendiendo un poco, por lo que me acabas de explicar. Bueno, abuelito, ¿y esto le gustaba hacer a mi papá? ¿Criar gusanos de seda?

— Precisamente. Eso hacía tu papá, cuando era niño.

— Y, ¿cómo lo hacía?

— Para allá voy, nene, para allá voy. Tu papá le pedía a tu abuelita que le diera unas cajas de zapatos vacías. Luego él le hacía agujeros por todas partes, para que fácilmente pudiera entrar el aire, y los gusanitos pudieran respirar. Después, metía en la caja varios gusanos pequeñitos. Entonces él se iba a las moreras, que son los árboles que dan moras, y cogía una bolsa de hojas de morera. Se las llevaba a los gusanitos para que comieran.

— ¿Y los gusanitos que comían las hojas, no comían también las moras?

— No, solamente comían las hojas. Así que le resultaba barato criarlos. Era muy bonito ver cómo comían. Tu papá nos llamaba para que los viéramos comer. Comenzaban por una esquina de la hoja e iban comiéndola poco a poco, todo alrededor. Cuando terminaban una, comenzaban con otra. Así se pasaban varias semanas, hasta que los gusanitos ya estuvieran crecidos.

— Y, después, ¿qué pasaba, abuelito?

— Pues cuando estaban ya grandecitos y gorditos, poco a poco dejaban de comer y de moverse como antes. A tu papá, al principio, le preocupaba, porque se creía que se iban a morir. Pero lo que hacían era que buscaban una esquina de la caja de zapatos y se enroscaban allí. Despacio, comenzaban a echar por la boca una especie de baba, en forma de hilitos muy finitos. Entonces tu papá se ponía nervioso, porque ahora sí creía que se morían, porque parecía que estaban vomitándose. Iban dando vueltas y, despacio, se iban cubriendo ellos mismos con sus propios hilos. Después de uno o dos días, el gusanito desaparecía de nuestra vista. A tu papá le fascinaba eso, y a mí también. Aunque ya no se veía, el gusano continuaba por dentro haciendo su casita o "capullo", cada vez más grueso. Al terminar, tenía forma de un huevo pequeñito. En otras dos semanas, más o menos, por uno de los piquitos del capullo, aparecía una cabecita muy rara. No era la de un gusanito, sino la de una mariposa. Entonces tu papá se entusiasmaba mucho. Cuando el agujero estaba lo suficientemente grande, salía la mariposita. Tu papá daba gritos llamándonos, para que viéramos lo que estaba pasando. La mariposa era gordita y, también, completamente blanca. Las mariposas ya nacían bastante grandecitas, y vivían poco. Ellas ponían unos huevos muy pequeñitos. Al cabo de unos días se morían, pero, de los huevitos, salían otros gusanitos. Así se terminaba el proceso, o, mejor dicho, volvía a repetirse el proceso o ciclo.

— ¡Qué cosa tan rara, abuelo! Pero, y esas mariposas, ¿no se escapaban de la caja volando?

— No, nene, no podían porque, además de ser gorditas y panzoncitas, tenían las alas muy cortas. Las movían muy rápido, solamente para ayudarles a caminar y moverse hacia adelante o hacia los lados, pero no para volar.

— Bueno, abuelito, ahora dime, ¿cómo se hacía la seda? Tú me dijiste que hacían ropa de seda, ¿verdad?

— Sí. Tu papá, entonces, lo que hacía era ir juntando y acumulando todos los capullos que quedaban vacíos, una vez que las maripositas salían de ellos. Cuando tenía muchos juntos, los metía en una bolsa y se los llevaba a ese señor que los compraba. Ese señor le pagaba unos pesos y, después, los mandaba o llevaba a una fábrica que estaba muy lejos del pueblo, en donde hacían la ropa. Creo que lo que hacían en esa fábrica era "deshilar" los capullos.

— ¿Cómo va eso, abuelito?

— Pues, si te acuerdas de lo que ya te dije, como los capullos los hacían los gusanos con muchísimos hilos muy finitos, entonces, en la fábrica, hacían lo opuesto, es decir, los deshacían o los deshilaban, para después, con esos hilos, hacer el género o material del que se hace la ropa de seda.

— Parece que ya entiendo, abuelito. Parece que ya entiendo. Bueno, pero, ¿mi papá hacía todo eso?

— No todo eso. Tu papá solamente se pasaba el tiempo libre cuidando y criando los gusanitos, como te acabo de explicar. Para ello se necesita mucha paciencia y tienen que gustarle a uno esas cosas, si no, esta actividad puede ser muy aburrida. Pero a tu papá, como siempre le gustaron los animalitos, pues gozaba mucho haciéndolo.

— Otra cosa, abuelito. Ya veo que le gustaba mucho eso, pero si mi papá iba a la escuela, ¿cuándo estudiaba?

— Buena observación, nene, buena observación. Pues te diré que, como yo era maestro, además de padre, tenía que supervisar muy bien el tiempo que tu papá le dedicaba a estos entretenimientos y cuánto tiempo le dedicaba a los estudios. Lo que ocurría era que, mientras otros muchachitos se pasaban el tiempo jugando a la pelota y a otras cosas, a tu papá le gustaba tener estas actividades que te estoy contando. Pero, sí estudiaba. Tengo que añadir que también a él le gustaban mucho los libros. Pero lo que te estoy contando ahora son sus travesuras y sus intereses personales.

— ¡Ah, bueno!, porque a mí también me gusta jugar, pero mi papá me obliga también a estudiar.

La Abuela, dos de sus hijas y la madre del Nieto traían una bolsa grande cada una. Se acercaron al Abuelo y al Nieto con ojos saltarines. Reunidos ya todos, se encaminaron hacia casa. Atrás quedaban los faros y las vidrieras guiñando con sus mortecinos rayos a la noche oscura. Desde lejos, la plaza parecía un nacimiento navideño.

Junio 23

EL PESO DE SAN ANTONIO

Abuelo y Nieto, en el sexto día, dieron un paseo bordeando la costa marina. A lo lejos se divisaban unas nubes cargadas de agua. Soplaban la brisa. Sobre la superficie del mar, y en la lejanía, se podían ver unos diminutos puntitos blancos, grises y negros. Eran las barcas de los humildes pescadores, acompañadas de algunos barquitos veleros. En la cercanía, algunos jóvenes y niños lanzaban el anzuelo al mar, esperando disfrutar en la cena de un sabroso y fresco plato. Abuelo y Nieto se sentaron en una de las muchas rocas que desafiaban a las olas de un mar grisáceo.

— Abuelito, cuéntame alguna otra travesura que mi padre hizo cuando era niño.

— Pues mira, nene.... No sé si lo que te voy a contar hoy se le pueda llamar travesura o no. En parte, sí fue, pero, en parte, no.

— Pues, a ver, cuéntamela.

— Una vez, como hacía con frecuencia, tu papá se fue a pescar a aquella roca que ves allá lejos.

— ¿A aquéllas rocas grandes que están allá lejos, abuelito?

— Esas, pero ya hace muchos años. Son las mismas. Todavía están ahí. Pues, como te decía, un día salió a pescar con su caña, anzuelo y lombrices, y se sentó encima de la más grande. Estuvo un buen rato esperando a que picara un pez. Hacía un poco de viento y de frío ese día, y también había olas bastante grandes. De pronto, un pez picó la lombriz y mordió el anzuelo, quedando preso. Tu papá comenzó a gritar, lleno de contento y un poco asustado, porque el pez era grande. Al oír los gritos, su hermano mayor, tu tío, corrió para ayudarlo. Entre tanto, jalaba y aflojaba el hilo, como hacen los buenos pescadores.

— Y, ¿por qué jalaba y aflojaba el hilo mi papá, abuelito?

— Porque el pez atrapado, siempre quiere soltarse del anzuelo, y no puede, porque está preso por la boca. Entonces, para que no se rompa el hilo, o para que el pez no se lastime mucho la boca, tiene uno que jalarlo y aflojarlo, de acuerdo al movimiento del pez. Pues, en un momento dado,

el pez, que era grande, dio un fuerte jalón y tu papá, que no lo quería perder, se olvidó de aflojar el hilo y, con el jalón y con el entusiasmo, tu papá se cayó al agua. Esto ocurrió antes de que llegara su hermano, tu tío.

— Y, ¿qué pasó, abuelito?

— Pues, aunque tu papá sabía nadar un poco, tu tío le ayudó a salir del agua, porque, como te dije, había mucho oleaje, el agua estaba fría y no podía salir muy bien sin su ayuda.

— Abuelito, ¿y perdió el pez mi papá?

— Sí, nene, tu papá perdió el pez y, con el pez, también perdió la caña. En fin, no lo pudo pescar, pero lo que sí pescó fue un resfriado.

— ¿Se enfermó mi papá, abuelito?

— Sí, se enfermó, y... tuvo que meterse en cama por un día. Tu abuelita, al día siguiente de lo ocurrido, me dijo que fuera a ver a tu papá que estaba en cama, porque parecía que tenía fiebre. Entonces, yo fui a verlo. Le dije que enseñara la lengua y le tomé el pulso, mientras yo contaba los segundos en mi reloj de pulsera.

— Abuelito, abuelito, párate ahí, porque no entendí nada de lo que me contaste. ¿Por qué le dijiste que te enseñara la lengua? ¿Por qué miraste a tu reloj? No entiendo, abuelito.

— Ahorita te lo explico, nene, ahorita te lo explico. Cuando uno tiene fiebre, le sube la temperatura. Si tiene el estómago descompuesto, por ejemplo, la lengua se le pone un poco blanca. Con la fiebre, el corazón palpita más rápido. Por eso le dije que enseñara la lengua y le tomé el pulso, midiendo el tiempo en el reloj y, al mismo tiempo, la frecuencia de la palpitación del corazón. Él estaba preocupado, porque, si estuviera enfermo, tendría que quedarse en cama y tomar medicina. Tampoco podría salir a jugar.

— Tampoco a mí me gustara estar enfermo, abuelito.

— Ni a mí, nene, ni a mí. Pero lo interesante viene ahora.

— ¿Todavía hay más, abuelito?

— Sí, nene. En esa situación, antes de saber si estaba o no enfermo, tu papá —eso lo supe yo después— le hizo una promesa a San Antonio, que es el santo que hace muchos milagros, ofreciéndole un peso para que no estuviera enfermo, o para que lo curara, si es que lo estuviera.

— A ver, abuelito, dime, ¿estaba o no estaba enfermo mi papá?

— Afortunadamente ya no tenía fiebre al día siguiente, cuando yo lo vi y, por tanto, no tenía que quedarse en cama, ni tomar medicinas.

— Qué bueno que no estaba enfermo, pero..., ¿tuvo que pagarle a San Antonio, abuelito?

— Nene, no se trataba realmente de "pagar", porque, en verdad, San Antonio no necesitaba el peso. Se trataba de cumplir una promesa o, lo que llama la gente, una "manda".

— ¿... y cumplió mi papá con esa promesa?

— Pues, nene, voy a ver cómo te contesto a esa pregunta. Diría yo que sí y, al mismo tiempo, que no.

— A ver, abuelito, a ver. Explícamelo.

— Ten paciencia, nene, ten paciencia, que para allá voy. Pues, mira, nene, es muy fácil prometer algo cuando uno se ve en dificultades. Pero, una vez que pasa o desaparece la dificultad, uno tiene la tendencia a olvidarse de lo prometido. Así que, eso le pasó a tu papá en esa ocasión, cuando era niño.

— Bueno, abuelito, pero, ¿cumplió o no cumplió mi papá?

— Pues, al principio, no. Después, ya pasados los años, le pregunté un día que fuimos a una fiesta de un pueblo en donde celebraban a su santo patrón, que era San Antonio, si había cumplido con la vieja promesa. Me respondió que no, que todavía no.

— ¿Y qué le dijiste tú, abuelito?

— No le dije nada, nene, simplemente nos sentamos en un banco del parque y comenzamos a hacer cálculos. Un peso más por cada año de los 25 años de espera, más el 5% de interés, más el 5% de inflación cada año durante 25 años, pues... resultaban... creo que \$27.50.

— ¡Ay, caray! Pero... son muchos pesos, abuelito.

— Pues sí, pero había que arreglar las cuentas, ¿no crees tú, nene?

— Pues sí, abuelito. ¿Y pagó mi papá todos esos pesos?

— Allí mismo. Sacó el dinero de la billetera, caminó hacia la iglesia, entró, se puso delante de la estatua de San Antonio, se arrodilló y le dijo: "San Antonio bendito, aunque ya estoy grande, vengo a cumplir la promesa que te hice hace 25 años. Mi padre y yo hicimos los cálculos y... parece ser que te debo \$27.50. Y, como yo fui tan descuidado en cumplir con mi deber o

promesa, y tú tan bueno en esperarme con paciencia, de pilón o de propina le añadido el 15%. En total, aquí tienes \$31.65".

— ¿Y con eso se acabó todo, abuelito?

— Sí, se acabó, pero, en lugar de unas nalgadas, porque tu papá ya estaba grande..., le eché una buena regañada. Y... él se sonrió, porque se acordó de cuando era niño, un niño travieso.

— ¡Ay... que mi papá!

Las nubes se acercaban, empujadas por la brisa. Las olas, con más fuerza, chocaban contra las rocas. Los jóvenes desarmaban sus cañas de pescar, y los barquitos se dirigían hacia la costa. El Abuelo y el Nieto se acercaban a la casona. El viento les soplaba por la espalda. Cerraron la puerta de la entrada y, acto seguido, se desprendió un aguacero que picoteaba el tejado. Parecía una bandada de gaviotas o de palomas protegiéndose contra hirientes perdigones de escopeta. Anochecía. La humedad penetraba los huesos.

Junio 24

EL FUEGO DE SAN JUAN

Era el 24 de junio. Durante el día, el sol había lanzado sus rayos caniculares sobre toda la región. Por la tarde, decidieron dar su último paseo. El Abuelo quería enseñarle al Nieto los grandes montones de leña apiñada por los caminos del campo y del pueblo. El Nieto andaba sobresaltado, esperando a la noche de ese inolvidable verano.

— Abuelito, una vez mi papá me habló de que los niños en su tiempo jugaban con el fuego. ¿Puedes contarme qué era eso?

— Sí, nene, te lo voy a contar. Se trataba de que, en el día de San Juan, la gente del pueblo hacía muchos fuegos en los caminos durante la noche.

— Y, ¿para qué hacían fuegos, abuelo?

— Es muy larga la historia, nene, pero te la voy a resumir en pocas palabras. No sé si te han dicho tus maestros en la escuela que el día 24 de junio, día de San Juan, es el más largo del año.

— Abuelito, no me han dicho nada de eso en la escuela, pero, perdona, tú me dices ahora que ese día es el más largo del año, y yo creía que todos los días eran iguales de largos, porque todos tienen 24 horas.

— Sí, nene, sí. Tienes mucha razón. Pero lo que te quise decir es que la parte más larga del día, en la que alumbra el sol, es el 24 de junio, como la parte más larga de la noche, en la que no alumbra el sol, es el 24 de diciembre, día de Navidad. ¿Entiendes ahora, nene?

— ¡Ah! Ahora sí. Así, sí. Ya entiendo. Pues continúa, abuelo, que te escucho.

— Pues, como te iba diciendo, durante esa noche precisamente, la gente hace fuegos o fogatas por los caminos.

— Y, ¿para qué, abuelo?

— Porque, a partir de ese día, poco a poco los días iban a ser más cortos. Mejor dicho, los días, no, sino la parte del día en que alumbra el sol, sí. Por consiguiente, la gente del pueblo tiene la creencia y el miedo de que el sol comienza a hacerse más pequeño y, por tanto, a dar menos luz y menos calor. Tienen miedo de que, si continúa así la situación, el sol se va a apagar o a morir.

— ¿Que se iba a morir el sol, abuelito?

— Sí, eso es lo que cree mucha gente, nene. Por eso hacen muchos fuegos, para ayudar al sol a que no se haga más chiquito y para que no se muera. De esa forma, y por eso, le dan de comer, o sea, le dan luz y le ofrecen calor haciendo fogatas.

— Pues, yo no sabía eso, abuelito. Y los maestros nunca me enseñaron estas cosas. Pero, ¿de cierto que alimentan al sol con fuego, para que no se muera, abuelito?

— Esa es la creencia de la gente, nene. Otros dicen que hacen fuegos para espantar a los malos espíritus y a los espantos. Que, como a los malos espíritus les gusta la oscuridad, pues, al hacer fuegos, la gente los espanta y ellos se escapan. Eso es lo que la gente creía y cree.

— Y tú, abuelito, ¿crees en eso?

— Nene, yo me creía que tú querías saber sobre las travesuras de tu papá, cuando era niño, ¿verdad?

— Ah, sí. Eso es lo que quiero saber. Aunque también me gustaría saber si tú y mi papá creían en esas cosas.

— Pues, tu papá, cuando era niño, el día antes de los fuegos andaba muy entusiasmado, esperando a que llegara la noche, para ver los fuegos. La noche anterior casi ni dormía. No sé si de entusiasmo por ver los fuegos, o porque le tenía miedo a los espantos. De todos modos, andaba muy nervioso.

— A ver, continúa, abuelo, date prisa.

— Pues, cuando tu papá era niño, y durante todo el día anterior, la gente traía palos, ramas de árboles y leña de los montes, y colocaban todo en grandes montones en medio de los caminos del pueblo y los que había por los campos. Al llegar la noche, la gente comenzaba a juntarse en los caminos alrededor de los montones de leña. Incluso venían los representantes del gobierno de los pueblos vecinos. A media noche en punto, la campana de la iglesia tocaba, y el alcalde del pueblo encendía un montón de leña con un mechero o cerillo y, así, comenzaba el primer fuego. La gente, entonces, comenzaba a gritar. Al oír los gritos, la otra gente de los otros caminos prendía los demás montones de leña. En cuestión de cinco minutos, todos los fuegos iluminaban el cielo. Se veía casi como si fuera de día.

— Párate ahí, abuelo, párate ahí. Por lo que me dices, parece que sólo los hombres adultos estaban allí. Pero..., y las mamás y los niños, ¿se quedaban en cama dormidos, o también estaban allí?

— ¡Cómo se iban a quedar los niños en casa dormidos! Todas las familias estaban allí presentes, con todos sus hijos. No te olvides de que eran los niños los que más gozaban de todo esto. Los adultos eran los que tenían miedo de que se apagara el sol. Los niños no pensaban en eso. Los niños estaban fascinados por el fuego y les encantaba todo ese misterio de la noche iluminada por los fuegos. Nada más, nene, nada más.

— Bueno, ¿y qué hacían cada uno, abuelito?

— Pues, los adultos le echaban más leña al fuego, y los niños gritaban cuando las chispas del fuego saltaban y asustaban a la gente. Las llamas, a veces, se desprendían de la hoguera y parecían nubes de fuego que volaban por el aire. Inmediatamente se las tragaba la oscuridad de la noche. Ya cuando se terminaba de quemar toda la leña, después de una hora más o menos, los niños comenzaban a jugar.

— Y, ¿cómo jugaban los niños, abuelo?

— Ya cuando las llamas desaparecían, quedaban las brasas. Entonces, los niños comenzaban a saltar por encima de las brasas. Para poder hacerlo, se apartaban del montón de fuego y, desde lejos, se echaban a correr para conseguir velocidad, y, al llegar, daban un salto grande y caían al otro lado de las brasas.

— Y, ¿no se quemaban, abuelo?

— En general, no. Pero algunas veces sí, nene, algunas veces sí. De hecho, tu papá, y esa fue su travesura, una vez, en uno de esos saltos, no pudo saltar completamente por encima del montón de brasas y, ¡paaas!, alcanzó a tocarle con las nalguitas a algunas.

— A ver, abuelo, a ver. ¿Qué le pasó?

— Pues, se quemó las partes traseras del pantalón y...

— ... y, ¿qué, abuelito? Ándale.

— Pues que, gracias a que la playa estaba cerca, no le pasó nada grave. Se fue corriendo, corriendo y corriendo a la arena, se revolcó en ella y, rápidamente después, se metió en el agua del mar. Y allí, sentado, se estuvo algún tiempo, refrescándose las nalguitas.

— Pero..., ¿se quemó las nalgas mi papá, abuelo?

— Un poco, pero no fue nada grave. Tu mamá, que andaba siempre muy prevenida, pronto se las untó con un poco de vaselina que ella ya llevaba en su bolso, por si acaso.... Y yo, como ves, no pude darle unas nalgaditas, porque..., ¡pobrecito!, las tenía ya adoloridas y... coloradas.

— ¡Ay, que mi papá...! Y, ¿eso fue todo, abuelito?

— Y, ¿no te parece ya bastante, nene?

— Pues, sí, abuelo. Pues, sí. Pero..., ¡ay... que mi papá!

La gente de los vecinos ranchos venía por los caminos que conducían al pueblo. El Abuelo y el Nieto, sorteando los montones de leña, se dirigían lentamente hacia la vieja casona. El Nieto esperaba ansiosamente la cena. Horas más tarde, se juntaría a la muchedumbre que, esparcida en grupos, rodearía a las diferentes fogatas. Sería una noche de llamas y de ensueño.